

LA ORACIÓN EN SAN AGUSTÍN.

Agustín no ha escrito un tratado sobre la oración, aunque en la carta a Proba (epístola 130) encontramos una serie de insinuaciones sobre la oración de petición y en los sermones (56,57,58 y 59) comenta el Padrenuestro, pero en todas sus obras el tema de la oración es un tema presente y encontramos una teología completa de la oración con principios seguros y aplicaciones profundas. Efectivamente Agustín es una persona que ha experimentado la necesidad de dialogar con Dios de forma permanente. Es posible que sea en los comentarios a los salmos donde encontramos más material sobre la concepción de la oración y sus elementos. Por otra parte, las Confesiones nos presentan al Agustín que ora y que se pone en una relación de alabanza con Dios, es más, en sus páginas descubrimos al Agustín contemplativo de la presencia salvífica de Dios en la vida, que se deshace en acción de gracias. Dos serán los aspectos que vamos a presentar en este momento: la oración de petición y alabanza como grito del corazón a Dios y como deseo y el comentario a la oración por excelencia que es el Padrenuestro.

1. El grito del corazón a Dios.

"Nadie dudará que es vano el clamor que se eleva a Dios por los que oran si se ejecuta por el sonido de la voz corporal sin estar elevado el corazón a Dios. Si tiene lugar en el corazón, aunque permanezca en silencio la voz corporal, puede estar oculto a los hombres, no a Dios. Cuando oramos a Dios, ya con la boca, cuando sea necesario, ya en silencio, siempre ha de clamarse con el corazón. El clamor del corazón es un pensamiento vehemente que, cuando se da en la oración, expresa el gran afecto del que ora y pide, de suerte que no se desconfía de conseguir lo que pide. Se clama con todo el corazón cuando no se distrae en alguna otra cosa" (Comentario al salmo 118,29,1).

El tema de la oración, en la espiritualidad agustiniana y en toda espiritualidad, es básico. Sólo el deseo de Dios desde la consciencia de la propia necesidad e indigencia es la actitud adecuada para orar, porque sólo Dios puede saciarnos, sólo Él, que conoce nuestras necesidades, sabe lo que tiene que concedernos y en qué momento. Agustín fue contemplativo en la acción y activo en la contemplación y puede ayudarnos con su doctrina y su experiencia en nuestra oración. La oración no es sino el resultado de la aceptación consciente de la realidad de la dependencia de Dios por parte del hombre. El hombre tiene necesidad de Dios: "La fuente no se favorece cuando uno bebe..." (La ciudad de Dios 10,5; Sermón 170,11; 117,5).

Pero, ¿qué es la oración? Agustín a esta pregunta responde diciendo que es una conversación con Dios: "Me parece a mí estar viendo que se dijo Dios es afable porque soporta nuestras cosas y, con todo, espera de nosotros la oración para perfeccionarnos; y, cuando se la dirigimos, la recibe con agrado y oye, y no se acuerda de tantas cuantas desaliñadamente y sin fervor le dirigimos, y recibe ésta única que apenas encontramos buena. ¿Qué hombre hay, hermanos míos, que pueda tolerar al amigo que ha comenzado a hablar con él, y, al quererle responder a su conversación, viese que se aparta de él y habla de otra cosa a otro? ¿O cuándo te tolerará el juez si quizá le interrumpiste y le obligaste a sentarse en el tribunal para que te oiga y de repente, estando hablándole, le abandonas y comienzas a charlas con un amigo tuyo? Sin embargo, Dios tolera a tantos corazones que oran y piensan tan distintas cosas; y omito enumerar las ofensivas, omito narrar las que alguna vez son perversas y contrarias a Dios. Pensar en las superfluas es ya

una injuria que se hace a Aquel con quien habías comenzado a hablar. Tu oración es una locución con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, hablas tú a Dios" (Comentario al salmo 85,7). Por tanto, orar es hablar (cf. El maestro 1,2), pero hablar con Dios (cf. Comentario al salmo 85,1). Y para hablar con Dios no son necesarias las palabras que suenen externamente, se puede permanecer también en silencio siempre y cuando no falten las voces del corazón.

Pero esta conversación con Dios no está hecha de una mera palabrería, ya que "el mucho hablar es tratar en la oración un negocio necesario con palabras superfluas. En cambio, la súplica sostenida es llamar con una sostenida y piadosa excitación del corazón a la puerta de aquel a quien oramos. Por lo general, este negocio se resuelve con gemidos más que con palabras, con llanto más que con charla. Y pone nuestras lágrimas en su presencia, y escucha nuestros gemidos Aquel que todo lo creó por su Verbo y no necesita del verbo humano" (Epístola 130,20). Por tanto, en la oración lo importante son los sentimientos no las palabras: "En efecto, si la multitud de palabras se emplea para instruir y enseñar al ignorante, ¿qué necesidad hay de ellas dirigiéndose al conocedor de todas las cosas...? No con palabras debemos nosotros tratar con Dios para alcanzar lo que deseamos, sino con los sentimientos que tenemos en el ánimo y con la dirección de nuestro pensamiento acompañado de amor puro y afecto sencillo" (Sermón de la montaña 2,3,12-13).

La oración en Agustín nunca ha sido un rito impuesto o un ejercicio de obligado cumplimiento por leyes externas, sino una necesidad del alma, algo así como la respiración del alma, la expresión más elemental de la fe, la capacidad de abrirse a Dios, que es el lugar teológico de la gracia, el lugar humano de la libertad y de la alegría del corazón. Es en el contacto con Dios donde el hombre es hombre, donde cada uno es cada uno y se vive la plenitud de la vida, por eso Agustín puede afirmar: "Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, toda llena de ti. Mas ahora, como al que tú llamas lo elevas, me soy carga a mí mismo porque no estoy lleno de ti" (Confesiones 10,28,39).

La oración para Agustín es mucho más que un diálogo de meras palabras, es un diálogo de vida, diálogo en el que Dios se entrega a nosotros y nosotros nos entregamos a Él. Pero, como en todo diálogo, es importante saber escuchar, dejarse poseer por la palabra del otro. Agustín parte de la premisa de que el hombre es imagen de Dios y, por tanto, para conocerse es preciso conocer la fuente. Ser imagen de Dios es ser deseo y amor de Dios. La oración para Agustín es un acto de amor, es un deseo sin fin de la interioridad de la persona por Dios y la vida eterna: "El deseo ora siempre, aunque calle la lengua. Si siempre deseas, siempre oras. ¿Cuándo se adormece la oración? Cuando se enfría el deseo. Pidamos, por tanto, con avidez aquellos bienes eternos, busquemoslos con toda atención; pidamos confiados aquellos bienes" (Sermón 80,7).

Prepararse a orar no es otra cosa que abrir el propio corazón al Señor para acogerle, reconociendo que la iniciativa viene de Él, es decir, que Dios nos busca para que le busquemos y poder entrar en comunión con Él. La oración se convierte en el camino para llegar a Dios: "Si no oras, ¿por qué camino podrás acercarte al Señor?" (Comentario al salmo 54,14). Es más, la oración nos hace entrar en la misma vida de Dios y es que Dios llama al hombre a ser hijo, de aquí que no pueda existir oración que no sea filial. Nadie puede soñar con ser hombre de oración si no parte de la fe para lanzarse al abrazo de Dios: "Creamos, pues, para poder orar. Y para que no decaiga la fe mediante la

cual oramos, oremos. De la fe fluye la oración; y la oración que fluye suplica firmeza para la misma fe" (Sermón 115,1). Esta es la oración que se define como grito del corazón (cf. Comentario al salmo 118,29,1). Es decir, un grito que nace de la más profundo del ser humano, del sagrario del corazón, de la interioridad más interior y que es la delicia del alma. Así es posible el abandono total de uno mismo en los brazos de Dios (cf. Comentario al evangelio de Juan 26,2).

Para poder ser orantes, es necesario saber vivir dentro, es decir, profundizar en la interioridad, como ese movimiento de recogimiento que hace descubrir la tensión hacia Dios, es decir, por la interioridad el hombre vive orientado hacia Dios. La interioridad nos permite entrar en comunión con Cristo, Maestro interior, que habita en lo más profundo del corazón del hombre. Agustín insiste en la necesidad de escuchar a Dios en el interior, pero no como fuga del mundo exterior, de hecho, para él el hombre ha de definirse por el amor (Comentario al evangelio de Juan 2,14). Pero pone el primado de la contemplación porque para Agustín el amor de Dios y el del prójimo coinciden necesariamente (Comentario al evangelio de Juan 9,10).

Si el sujeto de la oración es el hombre interior, para poder orar adecuadamente es necesario entrar dentro, ponerse bajo la mirada de Dios y dirigir la propia mirada a Dios (cf. Sermón 15,7). La oración es fundamentalmente una actitud interior. Agustín comentando a Mateo 6,6, dice que entrar en la propia habitación es entrar en tu corazón. Cerrar la puerta es querer alabar a Dios y no querer ser alabado por los hombres: "Nuestro recinto o aposento es nuestro corazón; allí se percibe el alboroto de la mala conciencia y allí descansamos cuando existe la buena. El que ama el recinto de su corazón, haga allí algo bueno. Este es el aposento donde nos manda orar nuestro Señor Jesucristo al decir: Entra en tu recinto y cierra la puerta. ¿Qué significa cierra la puerta? No esperes de Dios las cosas que se hallan fuera, sino las que están dentro... ¿Quién es aquel que no cierra la puerta? El que, para recibir las cosas que son buenas a los ojos del mundo, pide a Dios tales cosas como gran beneficio y en eso funda todas sus súplicas. Entonces está abierta la puerta; la turba ve cuando oras. ¿En qué consiste cerrar tu puerta? En que pidas a Dios lo que sólo Dios sabe cómo te lo ha de dar... Luego Dios, que puede hacer con exceso más de lo que pedimos o entendemos, desea nuestro gemido oculto, para que le agradecemos en su presencia y no nos jactemos de nuestra justicia ante los hombres. Quien pretende agradar con su justicia a los hombres, no con el fin de que los hombres que le ven alaben a Dios, sino con la intención de ser él alabado, no cierra la puerta para librarse del bullicio, puesto que deja la puerta abierta al ruido, y entonces Dios no oye como quiere oír" (Comentario al salmo 35,5).

Teniendo la puerta abierta, la oración se turba y por esa puerta entra todo aquello que nos hace perder la paz: "Poco es entrar en los aposentos si la puerta está abierta a los importunos, por esa puerta penetran descortesmente las cosas exteriores y solicitan nuestra devoción y recogimiento. Mas dijimos que lo exterior significa todos los objetos temporales y visibles, los cuales por la puerta, esto es, por el sentido carnal, penetran en nuestro pensamiento y con multitud de vanos fantasmas perturban nuestra oración. En consecuencia, ha de cerrarse la puerta, es decir, ha de resistirse al sentido carnal, para que la oración espiritual se dirija al Padre, la cual se hace en lo íntimo del corazón, donde en secreto se ora al Padre" (Sermón de la montaña 2,11).

Por tanto, la interioridad constituye el elemento fundamental de la oración agustiniana, pero la esencia de esta interioridad está en la identidad entre oración y deseo,

de tal manera que para Agustín si hay deseo de Dios, existe la oración, de lo contrario, aunque se hagan los ritos y todas las apariencias se cumplen, no hay oración. Para Agustín la vida del cristiano es un santo deseo, que es alimentado por el mismo Dios y lo importante es ejercitarnos en el deseo de Dios (cf. Comentario a la epístola de Juan 4,6).

La oración está vinculada con el deseo porque la oración es el deseo de Dios. Orar siempre es desear siempre a Dios: "Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua es la oración. No en vano dijo el Apóstol: Orad sin cesar. Pero ¿acaso nos arrodillamos, nos postramos y levantamos las manos ininterrumpidamente, y por eso se dice: Orad sin cesar? Si decimos que oramos así, creo que no podemos hacer esto sin interrupción. Existe otra oración interior y continua, cual es el deseo. Cualquier cosa que hagas, si deseas aquel sábado, no interrumpes la oración. Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo; tu deseo continuo es tu voz, o sea tu oración continua. Callas si dejas de amar. ¿Quiénes callaron? Aquellos de quienes se dijo: Porque se acrecentó la iniquidad se enfrió la caridad de muchos. El frío de la caridad es el silencio del corazón, y el fuego del amor, el clamor del corazón. Si la caridad permanece continuamente, siempre clamas; si clamas siempre, siempre deseas; si deseas, te acuerdas del descanso. Pero es conveniente que sepas delante de quién debe estar el rugido del corazón. Considera ya qué deseo debes tener delante de la presencia de Dios" (Comentario al Salmo 37,14).

El deseo es canto del corazón, aunque sea silencio de la lengua, por eso dice: "Quien desea, aunque la lengua calle, canta con el corazón. Quien no desea, aunque hiera el oído de los hombres con cualquier clamor, enmudece para Dios" (Comentario al salmo 86,1). Para Agustín la oración no es otra cosa que un deseo sostenido de Dios y el deseo es lo más profundo del corazón: "El deseo es el seno del corazón; lo poseeremos si dilatamos el deseo cuanto nos fuere posible" (Comentario al evangelio de Juan 40,10).

La oración que es deseo de Dios, nace de la fe, la esperanza y la caridad, aunque la fe tenga primacía ya que sólo puede ser objeto de amor y de deseo lo creído. Es más, al no gozar de la visión, el amor de Dios se traduce en deseo (cf. Comentario al evangelio de Juan 68,3). La oración está inseparablemente unida al amor. Dios nos ha dado el amor y la posibilidad de amarlo: "Aquel a quien amamos se entregó a sí mismo" (Posidio 24; Epístola 130,28). Es el Espíritu el que nos da el don de la caridad y de la fe y, por tanto, será el Espíritu la fuente del deseo y de la oración. El Espíritu ora en nosotros y así nuestra oración es nuestra y no nuestra (cf. Comentario al salmo 26,2,1). El Espíritu es la garantía del futuro que nos espera; este futuro es la unidad que se realizará por el mismo Espíritu (cf. Sermón 71,12,18).

1.1. Razones para orar.

"Nuestro Señor Jesucristo, que con nosotros pide y con el Padre da, no nos exhortaría tan insistentemente a pedir si no quisiera dar. Avergüéncese la desidia humana: más dispuesto está él a dar que nosotros a recibir; más ganas tiene él de hacernos misericordia que nosotros de vernos libres de nuestras miserias. Y quede bien claro: si no nos liberan de ella, permaneceremos siendo miserables; si nos exhorta, para nuestro bien lo hace" (Sermón 105,1). "Quien no quería dar los panes, hizo lo que se le pedía porque el otro no se cansó de pedir. ¿Con cuánta mayor razón nos dará quien nos exhorta a pedir y es bueno; más aún, aquel a quien desagrada el que no pidamos? Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los

niega. La consecución de algo largamente esperado es más dulce; lo que se nos da de inmediato se envilece. Pide, busca, insiste. Pidiendo y buscando obtienes el crecimiento necesario para recibir el don" (Sermón 61,6).

La oración más que pedir cosas a Dios es invocación, es decir, es desear que Él se haga presente en nuestras vidas, que venga a posesionarse de nosotros y a habitar en el recinto interior para que lo llene de sus regalos y lo haga más capaz de recibir sus dones. Evidentemente Dios no tiene necesidad de oír nuestro clamor para saber lo que necesitamos, por eso no es ocioso preguntarnos ¿por qué hemos de orar si Él ya sabe todas nuestras necesidades? Agustín ha tratado de responder a esta pregunta: "Si sabe nuestro Padre lo que necesitamos antes de que se lo pidamos, ¿para qué las palabras, aunque sean pocas? ¿qué motivo hay para orar, si ya sabe nuestro Padre lo que necesitamos? ¿Para qué pedir, ¿para qué buscar?, ¿para qué llamar?, ¿para qué fatigarnos en pedir, buscar y llamar, para instruir a quien ya sabe?... Pide, busca, llama también para entender esto... En medio de la multitud de los males del mundo actual no nos queda otra esperanza que llamar en la misma oración, creer y mantener fijo en el corazón que lo que tu Padre no te da es porque sabe que no te conviene" (Sermón 80,2).

La oración nos convierte a Dios, nos hace estar atentos a lo importante y dejar de lado lo secundario. Dios está siempre dispuesto a escuchar nuestro clamor, pero es necesario convertirnos a Él: "Pero puede preguntarse de nuevo, ya sea que se ore con palabras, ya con sentimientos y afectos: ¿qué necesidad hay de la misma oración, si Dios sabe ya antes lo que necesitamos? Responderemos que la razón es porque la misma intención de la oración serena y purifica nuestro corazón y le hace más apto para recibir los dones divinos, que se nos infunden espiritualmente. En efecto, no ambiciona Dios súplicas para oírnos. Él está siempre pronto para darnos su luz, la cual no es visible, sino inteligible y espiritual, pero nosotros no estamos siempre dispuestos a recibirla porque nos inclinamos a otros objetos y somos entenebrecidos por la codicia de los bienes temporales. En consecuencia, en la oración se verifica la conversión de nuestro corazón a Dios, que está siempre dispuesto a darnos, si nosotros somos capaces de recibir sus dones; y en la misma conversión se purifica la vista interior al excluir aquellas cosas temporales que se apetecían para que el ojo del corazón sencillo pueda percibir la luz pura" (Sermón de la montaña 2,3,14).

En definitiva, Dios no necesita saber lo que nos pasa, porque ya lo sabe, sino capacitarnos para recibir lo que nos quiere dar y para ello es importante la oración, porque el orante, al formular su petición, se hace consciente de su necesidad: "Dios no pretende que le mostremos nuestra voluntad, pues no puede desconocerla; pretende ejercitar con la oración nuestro deseo, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar. Su don es muy grande, y nosotros somos menguados y estrechos para recibirlo... Tanto mayor capacidad tendremos, cuanto más fielmente lo creamos, más seguramente lo esperemos y más ardientemente lo deseemos" (Epístola 130,17).

1.2. Oración de petición.

"Clama con la voz si hay hombre que oiga; calla con la voz si no hay hombre que oiga; a tu corazón jamás le falta quien le oiga... Alterne a su debido tiempo el sonido de la voz, pero sea eterno el del corazón. Cuando acudes a la iglesia para cantar los himnos, tu voz pronuncie las alabanzas de Dios. ¿Estás ocupado? Que tu alma alabe a Dios" (Comentario al salmo 102,2).

Toda oración ha de tener como intermediario a Cristo, porque "La oración que no se hace a través de Cristo, no sólo no puede borrar el pecado, sino que ella misma es pecado" (Comentario al salmo 108,9), pero esto tiene su aplicación sobre todo en la oración de petición. Esta oración es invocar a Dios: "Invocas a Dios cuando para ti llamas a Dios. Esto es invocarle: llamarle para ti, invitarle en cierto modo a que entre en tu corazón" (Comentario al salmo 30,2,3). Por tanto, orar en este sentido es invitar a Dios a que venga a nosotros, porque sólo debemos pedir a Dios mismo: "No pidas nada fuera de Dios; pídele a Él mismo, y te oirá; es más, estando tú hablando, te dicen: Aquí estoy. ¿Qué significa aquí estoy? Estoy presente. ¿Qué quieres? ¿Qué cosa pides? Todo lo que te diere fuera de mí, es despreciable. Recíbeme a mí, goza de mí, abrázame; aún no puedes poseerme en absoluto. Áseme con la fe, y te estrecharás a mí" (Comentario al salmo 33,2,9).

La oración nunca tiene la función de cambiar la voluntad de Dios, sino que la oración de petición tenemos que verla como aquella que transforma nuestro corazón para que pueda acoger aquellos dones que pedimos al Señor, si realmente los necesitamos, es decir, la oración nos capacita para recibir lo que Él quiere donarnos: "Conviene siempre orar y jamás desfallecer. ¿Cómo te muestras súbdito de Él? Haciendo lo que te manda. Aún no recibes recompensa, quizá porque todavía no la puedes recibir. Él puede darla ya, pero tú no la puedes recibir. Ejercítate en las obras, trabaja en la viña. Terminado el día, recaba el salario; fiel es el que te llevó a la viña" (Comentario al salmo 36,1,8).

La condición elemental para que nuestra oración sea auténtica y profunda es la humildad: "¿Quieres tocar a Dios con tu oración? Humíllate..., no has de entenderlo carnalmente, de modo que te metas bajo la tierra ni a los montes. Sé humilde en tu corazón y Dios te levantará. Vendrá a ti y morará contigo en tu cubículo interior" (Sermón 45,7). Reconocer nuestra necesidad de perdón y de ayuda, es la condición fundamental para orar, ya que "ninguno que sea potente, orgulloso y soberbio sobre esta tierra se digna orar humildemente a Dios" (Comentario al salmo 103,14,16). Es más, Dios sólo se inclina hacia el hombre que es humilde; "Él inclina su oído si el hombre no alza la cabeza; se acerca a quien se humilla, mientras se aleja de quien se ensalza... Él está en lo alto, nosotros en lo bajo. Él está sobre la cumbre, nosotros en la miseria. No inclina el oído al rico, lo inclina más bien al mísero y al pobre, al humilde y aquel que se confiesa, a quien tiene necesidad de misericordia y no a quien está saciado y se jacta orgulloso como si no necesitase de nada" (Comentario al salmo 85,2).

La oración más que exponer lo que espero o necesito de Dios es escuchar lo que Dios está esperando de mí, esto quiere decir que el hombre tiene que aprender a pedir lo que le conviene conforme al designio de Dios, por eso dice Agustín: "Hay muchos que piden lo que no deberían, por desconocer lo que les conviene. Quien invoca a Dios debe precaverse de dos cosas: pedir lo que no debe y pedirlo a quien no debe" (Sermón 56,2).

Será importante descubrir qué es lo que debemos pedir. Agustín se lo pregunta con frecuencia: "¿Qué clase de bienes? ¿acaso los bienes temporales? También los da Dios; pero los da incluso a los infieles. También los da, pero aun a los impíos y a quienes blasfeman de Él. Busquemos bienes que no nos sean comunes con los malos" (Sermón 286,5). Es necesario pedir una vida honrada, la vida eterna: "El fiel pide muchas cosas de este siglo y no es escuchado; en lo que se refiere a la vida eterna, en cambio, siempre es escuchado" (Comentario al salmo 59,7). Lo que el maestro de oración nos ha dicho es el

camino más cierto y seguro para saber lo que tenemos que pedir (cf. Comentario al salmo 103,1,19), y mejor aún será pedir con sus mismas palabras (cf. Comentario al salmo 137,7), sólo pedir lo que allí está escrito (cf. Sermón 56,5), porque en esa oración que nos enseñó el Señor están contenidas todas las oraciones (cf. Epístola 130,22). De todas las formas, el objeto de toda súplica no es otro que la vida feliz (cf. Epístola 130,9; 130,27).

Debemos pedir sólo a Dios: "Pide lo que quieras, ¿qué has de pedir? Agudiza tu mente, saca a relucir tu avaricia, alarga y ensancha cuanto puedas tu deseo... Con todo, nada encontrarás más estimable, nada hallarás más excelente que al que hizo todas las cosas. Pide al mismo que las hizo, y en Él y por Él tendrás todas las cosas que hizo... Él no quiere otra cosa más que darse a sí mismo. Si encuentras algo mejor, pídelo" (Comentario al salmo 34,1,12; 85,8).

La verdadera oración es el acuerdo entre la voz y la vida: "Cuando oréis a Dios con salmos e himnos, que sienta el corazón lo que profiere la voz" (Regla 12). El principio básico de toda oración de petición está en esta afirmación. Es necesario una armonía entre la boca y el corazón, entre lo externo y lo interno, entre el ideal y la vida. Nuestra vida debe ir de acuerdo con nuestro ideal y nuestra oración nace en lo profundo: "No con las palabras negociamos con Dios para obtener lo que queremos de Él, sino que negociamos con Dios con lo que tenemos en el corazón, con la intención de la mente, con el amor puro y el deseo simple: son estas las cosas esenciales que nos ha enseñado con las palabras, para que las tuviésemos en la memoria y las recordásemos a la hora de la oración" (Sermón de la montaña 2,3,13).

1.3. Oración de alabanza y contemplación.

"No dejemos de alabar de este modo al Señor. Se dijo y pasó; se hizo y llamamos; hemos alabado y hemos callado; hemos cantado y hemos descansado. Nos dirigimos a otra cosa, quizá a hacer lo que resta; pues bien, cuando se presenten otras ocupaciones, ¿cesará la divina alabanza en nosotros? Ciertamente que no; tu lengua alaba temporalmente, alabe siempre tu vida" (Comentario al salmo 146,1).

En la espiritualidad agustiniana la oración tiene una orientación contemplativa. El cristiano canta en la certeza de la fe, en la alegría de la esperanza y en la dulzura de la caridad (cf. Comentario al salmo 66,6). El tiempo presente es tiempo de oración de petición, pero también de alabanza (cf. Comentario al salmo 148,1). Dios quiere que el hombre le alabe con todo el ser y en todas las circunstancias de la vida, porque es necesario ejercitarse ahora en lo que será la actividad eterna (cf. Comentario al salmo 148,1; 144,2). En la mentalidad de Agustín la vida actual es la vida del llanto y de la súplica, mientras que la vida eterna será la de la alabanza y la acción de gracias permanente, pero que sólo podrán ejercitarse en esta, los que han aprendido a hacerlo en la vida presente: "Ahora gemimos, ahora rogamos. El gemido es de los míseros; la oración de los necesitados. Pasará la plegaria y sucederá la alabanza; pasará el llanto y sucederá la gloria" (Comentario al salmo 26,2,14).

Según Agustín la obra principal que el hombre puede y debe realizar es la alabanza de Dios: "La máxima obra del hombre es alabar a Dios. A Él corresponde agradarte con su rostro, y a ti alabarle con la acción de gracias. Si tus obras no alaban a Dios, comienzas a alabarte a ti mismo. Desagrédete a ti mismo y te agrade el que te hizo, porque en Él te desagradas lo que en ti hiciste. Luego sea tu obra la alabanza de Dios, prorrumpe tu

corazón palabra buena" (Comentario al salmo 44,9). Es el Espíritu mismo que hemos recibido, el que nos hace alabar a Dios: "Dios ha llenado a sus siervos con su Espíritu Santo de modo que sean capaces de alabarlo" (Comentario al salmo 144,1).

Alabar ciertamente es proclamar, pero para que la alabanza sea verdadera, es necesario que se haga vida, y que uno mismo sea alabanza, pero esto mismo es obra de Dios en nosotros: "No te alabarían mis labios a no ser que hubiera precedido tu misericordia. Por tu don te alabo; debido a tu misericordia te alabo. Pues no hubiera podido alabar a Dios si no me hubiera dado Él que pudiera alabarle" (Comentario al salmo 62,12). Por lo mismo, debemos alabar también con la vida, no basta la palabra: "Cuando todos se exhortan mutuamente, todos dicen lo que se exhortan. Pero alabar, por lo que toca a vosotros, íntegramente, es decir, no sólo alabe a Dios la lengua y la voz, sino también vuestra conciencia, vuestra vida y vuestros hechos. En efecto, ahora alabamos cuando nos hallamos congregados en la iglesia; pero, cuando cada uno va a su casa, parece que deja de alabar a Dios. No deje de vivir bien, y siempre alabará al Señor. Dejas de alabar a Dios cuando te apartas de la justicia y de aquello que a Él le agrada. Pero si no te apartas jamás de la vida buena, aunque calle tu lengua, voceas tu vida, y el oído de Dios está atento a tu corazón" (Comentario al salmo 148,2).

La oración litúrgica comunitaria es verdad que es distinta de toda forma de oración de alabanza, pero es la oración de la Iglesia; es Cristo mismo el que ora en nosotros: "Nuestro Señor Jesucristo el Hijo de Dios es quien ora por nosotros, que ora en nosotros y es Él quien esorado por nosotros. Él ora por nosotros como nuestro sacerdote, ora en nosotros como nuestra cabeza y esorado por nosotros como nuestro Dios. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces y en nosotros la suya" (Comentario al salmo 85,1). Es juntos como podemos elevar un canto de alabanza al Señor, cada uno tendrá que ser fiel a su propia gracia, pero en la armonía del conjunto: "Vosotros sois las trompetas, las arpas, las cítaras, los tambores, las liras, las flautas, símbolos del canto de alabanza, que suena maravillosamente cuando están en armonía" (Comentario al salmo 150,8).

La contemplación de la verdad es la última y más elevada de las actividades del espíritu. Agustín piensa que son siete las actividades propias del alma: las tres primeras pertenecen al hombre natural y son comunes a todos, con la cuarta da comienzo el camino de la virtud (La cantidad del alma 1,73-74). El resto es el ingreso en la luz. Pero ninguno puede entrar en la luz sin que su mirada interior se purifique y se ejercite largamente, es decir, para poder llegar a la cima de la contemplación primero hemos de purificarnos para evitar un fracaso estrepitoso: "Intentar llegar a la contemplación sin ser antes purificado es exponerse a ser ofuscado por la Verdad... Hay que tener el corazón puro y el espíritu resto, que no es otra cosa que preparar el alma de forma que no pueda errar en su encuentro con la Verdad" (La cantidad del alma 1,75). El último grado, más que grado es morada. Pero Agustín nos habla de la elevación a la contemplación no sólo desde las actividades del alma, sino también desde las bienaventuranzas evangélicas y desde los dones del Espíritu Santo (cf. El sermón de la montaña 1,1,3-4,12; La doctrina cristiana 2,7,9-11; Sermón 347). El séptimo grado es la sabiduría, la contemplación de la verdad, que alcanza la semejanza con Dios (cf. Sermón de la montaña 1,3,10).

La contemplación en Agustín no perjudica para nada a la vida activa y al apostolado, sino que redunde en su eficacia y valor, prueba de ello la dieron los propios monjes de sus monasterios cuando se dedicaron a servir a la Iglesia. Es cierto que la espiritualidad agustiniana se mueve entre el ahora terreno y el después celestial, en la

nostalgia del eterno sábado: "lo que ahora crees, después lo verás" (Epístola 55,17). La vida presente se mueve en la fatiga, pero alentada por la esperanza y contemplación del sábado sin fin.

Contemplar quiere decir "conocimiento y deleite del ser eterno e inmutable, Dios" (Comentario al salmo 135,8). Es conocimiento amoroso y experimental (cf. Del libre albedrío 2,16,41). La ascensión es fatigosa, pero la unión es fulgurante, como si no se pudiese soportar por largo tiempo y se vuelve a las ocupaciones diarias (cf. Confesiones 7,176,23; 9,10,24; Sermón 52,16). Explicando el ¿dónde está tu Dios? encontramos un texto que deberíamos meditar detenidamente (cf. Comentario al salmo 41,7-10; 134,4-6) y el mismo éxtasis de Ostia (cf. Confesiones 9,10,23-25). Agustín aspira a contemplar a Dios, también porque él comprende que este es el fin de todo creyente (cf. La Trinidad 1,10,20; La Trinidad 1,8,17). Esto ya se puede pregustar aquí, como lo pregustó María sentada a los pies del Señor (cf. La Trinidad 1,10,20). Esta intimidad con Dios satisface todos los deseos que tenemos (cf. Confesiones 12,11,12). Por otra parte, el deseo más profundo de Agustín era dedicarse a la contemplación y al estudio de la Escritura, pero ha sentido la llamada del Cristo necesitado (Comentario al evangelio de Juan 57,3-4).

Orar es ponerse en la longitud de onda de Dios mismo, es el grito que eleva al Padre, pero este grito será auténtico si tenemos un corazón contemplativo, un corazón que sabe leer las cosas de Dios que suceden en el mundo y que sabe leer los acontecimientos del mundo con los ojos de Dios, que escucha a Dios y reconoce su presencia. Orar significa respirar ininterrumpidamente a Dios, siguiendo el ritmo cotidiano de la vida y de nuestras actividades. Agustín nos invita a un diálogo profundo e ininterrumpido con Dios: "Tú sólo estás presente a todos, aun a aquellos que se alejan... y les repara y consuela" (Confesiones 5,2,2). Pero su invitación es a una oración continua y del deseo, porque "tu deseo es tu oración" (Comentario al salmo 37,14).

Terminamos nuestra reflexión con un texto atribuido a san Macario: "Del mismo modo que una casa, si no habita en ella su dueño, se cubre de tinieblas, de ignominia y de afrenta y se llena de suciedad y de inmundicia, así también el alma, privada de su Señor y de la presencia gozosa de sus ángeles, se llena de las tinieblas del pecado, de la fealdad de las pasiones y de toda clase de ignominia. ¡Ay del camino por el que nadie transita y en el que no se oye ninguna voz humana!, porque se convierte en asilo de animales. ¡Ay del alma por la que no transita el Señor ni ahuyenta de ella con su voz a las bestias espirituales de maldad! ¡Ay de la casa en la que no habita su dueño! ¡Ay de la tierra privada de colono que la cultive! ¡Ay de la nave privada de piloto!, porque, embestida por las olas y tempestades del mar, acaba por naufragar. ¡Ay del alma que no lleva en sí al verdadero piloto, Cristo!, porque, puesta en un despiadado mar de tinieblas, sacudida por las olas de sus pasiones y embestida por los espíritus malignos como por una tempestad invernal, terminará en el naufragio. ¡Ay del alma privada del cultivo diligente de Cristo, que es quien le hace producir los buenos frutos del Espíritu!, porque, hallándose abandonada, llena de espinos y de abrojos, en vez de producir frutos, acaba en la hoguera. ¡Ay del alma en la que no habita Cristo, su Señor!, porque, al hallarse abandonada y llena de la fetidez de sus pasiones, se convierte en hospedaje de todos los vicios" (Homilía 28: PG 34,710-711).